

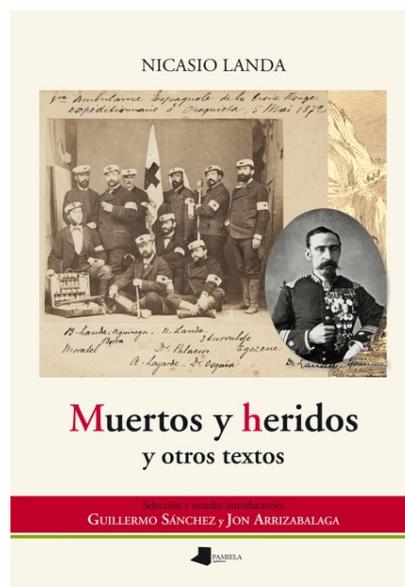
Nicasio LANDA: *Muertos y heridos y otros textos*, selección y estudio introductorio de Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga, Pamplona, Pamiela, 2016, 334pp., ISBN: 978-84-7681-936-4.

Josep Escrig Rosa
Universitat de València

Humanizar la guerra: Nicasio Landa y la Segunda Guerra Carlista

La contienda que tuvo lugar entre 1872 y 1876 se convirtió desde muy pronto en un polo de atracción para escritores como Miguel de Unamuno o Ramón M^a del Valle-Inclán. Desde el épico enfrentamiento entre liberales y carlistas del sitio de Bilbao (1874) que el primero recreó en *Paz en la Guerra* (1897), hasta las calamidades narradas por el segundo en las tres novelas que componen su ciclo carlista –*Los cruzados de la causa* (1908), *El resplandor de la hoguera* (1909) y *Gerifaltes de antaño* (1909)–, lo cierto es que los devastadores efectos de la guerra en el frente norte no pasaron desapercibidos para nadie. Pero no sólo fue tratada esta contienda desde el recuerdo y la ficción. También hubo textos coetáneos destinados a dar a conocer el conflicto a una opinión pública hambrienta de conocimientos y noticias en un contexto de cambio político y transformación social como fue el del Sexenio democrático. Uno de esos testimonios fue *Muertos y heridos*, escrito durante los primeros meses por el médico militar y fundador de la Cruz Roja en España, Nicasio Landa (1830-1891), y publicado a finales de 1875, cuando todavía estaba activo el conflicto. Sin embargo, lo cierto es que el paso del tiempo dejó caer en el olvido tanto al texto como a su autor. Ha sido el interés de los investigadores Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga sobre el humanitarismo, la sanidad militar y la medicina de guerra en el ochocientos europeo lo que les ha llevado recientemente a rescatar una figura señera como la de Landa. *Muertos y heridos* se reedita así ahora como pieza central de una antología más amplia sobre el médico militar, ofreciendo al lector un panorama amplio y complejo –pero bien trabado– de su singular trayectoria. Todo ello dentro de una edición rigurosamente trabajada en la que las múltiples referencias facilitan la comprensión del texto y guían la lectura.

Nicasio Landa, proveniente de una familia de tradición liberal navarra, cursó sus estudios de medicina en la Universidad de Madrid donde se doctoró en 1856, el mismo año en el que entraría a formar parte del Cuerpo de Sanidad Militar. Su firme compromiso con la idea ilustrada de progreso, perfectamente conciliable y complementaria con sus arraigadas creencias religiosas, le convirtió en uno de los principales divulgadores de los avances científicos y técnicos de la época: «la ciencia necesita de publicidad», escribiría en 1862 en la presentación de la “Sección científica” de la *Revista Española*. Según Landa, el mundo académico debía llegar a un público más amplio mediante una eficaz difusión de las investigaciones. Todos los estudios necesitaban salir a la luz, «darse a conocer» ante la «muchedumbre», ya fueran a propósito del pauperismo y



la cuestión social o sobre los adelantos en las industrias militares y de transporte. A su juicio igual de importante resultaba un debate sobre los asuntos políticos del día que uno relativo a cualquier descubrimiento científico. Por pequeño que fuera este, la sociedad tenía derecho a conocerlo.

La vocación cosmopolita que se hallaba detrás de estos planteamientos unida a su conocimiento de los principales idiomas europeos explica en buena medida su activa colaboración en las reuniones y congresos que se estaban celebrando en el continente sobre los problemas sanitarios y médicos en los ejércitos y en la guerra. Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga señalan acertadamente que su participación en la Conferencia Internacional de Ginebra en 1863, como comisionado por el Ministerio de Guerra, marcó un punto de inflexión en su trayectoria. Tal y como escribió Landa en el primer número de la *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera* (1864), recogido en *Muertos y Heridos y otros textos*, el ánimo que llevó a la convocatoria de dicho encuentro estuvo directamente relacionado con los horrores de la guerra y la agonía de los heridos en el campo de batalla que describió Henry Dunant (1828-1910), miembro convocante de la Conferencia, en *Un souvenir de Solferino* (1862), a propósito de la batalla de homónimo nombre. Si bien inicialmente la Conferencia sólo contempló garantizar la inmunidad a los socorristas, fue Landa quien propuso extender la neutralidad a los soldados heridos, tal y como finalmente quedó fijado en la Convención de Ginebra. De esta forma se referiría el médico navarro a dicho acuerdo en un artículo titulado “La Caridad en la guerra” (1865): «Así pues, si es verdad que la guerra aumenta en nuestro siglo, también lo es que se humaniza. No es ya el ciego furor quien la preside, sino la razón serena».

A partir de este momento, Landa se convertiría en un firme defensor de los valores humanitarios de la Cruz Roja y en su principal impulsor en el ámbito nacional, como se demostraría a raíz del estallido de una nueva guerra carlista en 1872. Pero como puede comprobarse de la mano de Landa en *Muertos y Heridos*, aplicar los principios de la Convención de Ginebra no resultó tarea sencilla en el contexto de violencia del frente norte. Sin menospreciar la importancia que tuvo la Cruz Roja en la organización de los servicios sanitarios militares, resulta especialmente destacable cómo la organización fue capaz de convertirse en un puente de comunicación eficaz entre liberales y carlistas. Un cauce que Landa trató de cuidar con esmero para asegurar el mantenimiento de la neutralidad de los heridos –de cualquier signo político– en su traslado por las ambulancias desde el campo de batalla a los hospitales. De hecho, en misiva a la presidenta del comité de señoras de la asociación en mayo de 1874, entonces la duquesa de Medinacelli, aseguró que «para nosotros la sangre borra el color de la escarapela». Con estas palabras certeras Landa respondía a una doble acusación: por un lado, a la vertida por los carlistas más radicales en periódicos como *El Cuartel Real*, la cual no solo tachaba a la Cruz Roja de sociedad masónica, sino que llegó a llamarla “la cruz del diablo”; por otro, a la de aquellos liberales que afirmaron que la asociación estaba destinando los fondos al cuidado exclusivo de los heridos carlistas.

En *Muertos y Heridos* el médico navarro abordó de manera muy interesante el surgimiento de una asociación con las mismas finalidades que la Cruz Roja en el bando de don Carlos: La Caridad, bajo la presidencia de Margarita de Borbón, mujer del pretendiente. Sus símbolos identitarios eran una boina morada –en lugar de las gorras blancas con cruz roja– y un emblema compuesto por un Corazón Sagrado en medio de una Cruz de Malta y las alusiones al carácter católico de la asociación. Landa, según su testimonio, trató de evitar esta “escisión” y

parece que nunca cerró del todo la puerta a una futura integración, a pesar de los manifiestos desencuentros que se dieron entre ambas organizaciones. Pero la tensión desde el punto de vista humanitario llegó para Landa a su clímax cuando uno de los militares carlistas declaró prisioneros en invierno de 1873 a un grupo de treinta enfermos liberales, aduciendo que eran leves. A pesar de que los “fueros de la humanidad” que abanderaba la Cruz Roja habían quedado en entredicho, las gestiones del médico navarro consiguieron finalmente la libertad para los heridos y que la Real Junta Gubernativa Carlista de Navarra, entonces en Elizondo, atendiera las reclamaciones sobre el incidente.

Pero esta constante defensa del universalismo de la causa humanitaria que encontramos en Landa, cuya expresión última fue su “Proyecto de Convención Sanitaria Internacional” (1888), estuvo acompañada a lo largo de su vida por un profundo amor patriótico hacia su tierra natal. En la antología que publican Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga encontramos dos textos significativos al respecto. El primero se refiere al relato *Una visión en la niebla: los guerreros euskaldunacs* (1870), en el que Landa rastrea las esencias históricas del pueblo navarro a través de sus principales héroes. El segundo es el discurso que el médico navarro pronunció en 1887 ante la regente María Cristina cuando se le entregó la medalla de la Asociación Euskara de Navarra. Disertación en la que no perdió la oportunidad de reivindicar a la regente un aumento de las ayudas para salvaguardar la cultura y la lengua euskalduna. Por tanto, es en este cruce de identidades –no contradictorias– donde debemos situar la trayectoria del médico Nicasio Landa: un hombre que contribuyó al nacimiento y desarrollo de la Cruz Roja en el ámbito internacional, a la reforma del sistema militar español y a la defensa de las tradiciones regionales. El conjunto de trabajos recogidos en *Muertos y heridos y otros textos* – algunos de los cuales hemos reseñado– no solo ofrece un acercamiento a su persona y obra, sino que permite examinar la Segunda Guerra Carlista a partir de un enfoque novedoso. Aquel de quien recorrió los campos de batalla buscando supervivientes y bregó día a día con las fuerzas en conflicto para que la guerra, dentro de su desgarradora crueldad, ganara un poco de humanismo manteniendo el principio de neutralidad en los heridos y sus asistentes.